



Lám 13. Cimborrio de la iglesia abacial del Monasterio de Vallbona de les Monges, s. XIII-XV.

LA EXPANSIÓN DE LA ORDEN DE CÍSTER EN LA CORONA DE ARAGÓN. UNA VISIÓN DESDE LA ARQUITECTURA

DR. EDUARDO CARRERO SANTAMARÍA

Universitat Autònoma de Barcelona

Eduardo.Carrero@uab.cat

Resumen: La Orden de Císter dejó un importante patrimonio arquitectónico en los antiguos territorios de la Corona de Aragón. Son bien conocidos los grandes monasterios de Veruela, Poblet, Santes Creus, Piedra y Rueda, junto a las abadías femeninas de Vallbona de les Monges, Casbas y Cambrón. Además, existe un singular patrimonio disperso entre Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares, cuya ausencia de características arquitectónicas comunes pone de manifiesto la dificultad de hablar de unos intereses artísticos comunes en la arquitectura edificada para la Orden. También trataremos el problema de la difusión de modelos, a partir de la cabecera de Santes Creus y las girolas de Veruela y Poblet

Palabras clave: Arquitectura medieval. Císter. Claraval. Corona de Aragón. Cabeceras. Planta bernarda.

THE EXPANSION OF THE CISTERCIAN ORDER IN THE CROWN OF ARAGON. AN ARCHITECTURAL VISION

Abstract: *The Order of Cîteaux left an important architectural heritage in the former territories of the Crown of Aragon. The great monasteries of Veruela, Poblet, Santes Creus, Piedra and Rueda are well known, together with the female abbeys of Vallbona de les Monges, Casbas and Cambrón. In addition, there is a singular dispersed heritage between Aragon, Catalonia, Valencia and the Balearic Islands, whose absence of common architectural features highlights the difficulty of speaking about common artistic interests in the architecture built for the Order. We will also deal with the problem of the diffusion of models, starting with the chevet of Santes Creus and the ambulatory of Veruela and Poblet.*

Keywords: *Medieval Architecture. Cîteaux. Clairvaux. Crown of Aragon. Chevets. Bernardin Plan.*

No fue un camino fácil.¹ La expansión territorial a oriente y occidente desde el Condado de Barcelona por las tierras de Lérida y Tarragona había llevado a un importante número de fundaciones cistercienses, mucho mayor que las bien conocidas casas de Poblet, Santes Creus y Vallbona de les Monges, a encarar la resolución de problemas y estrategias de consolidación tan singulares como variadas. La historia de este Císter germinal en los territorios catalanes de la Corona estuvo acompañada por una larga tradición de intentos fallidos, fundaciones frustradas y cambios de ubicación, hasta la definitiva creación de una red de monasterios y prioratos desde el último tercio del siglo XII. Muchas de ellas se mantuvieron más o menos estables hasta la crisis que afectó a las órdenes monásticas entre los siglos XV y XVI, cuando buena parte de las que ya eran pequeñas fundaciones desaparecieron, se trasladaron a prioratos urbanos o se unieron a monasterios mayores.² Grandes instituciones como Santes Creus no pasaron por sus mejores momentos del siglo XV en adelante. En la ciudad de Valencia, San Bernardo de Rascanya no aguantó las acusaciones a su relajación de costumbres, siendo sustituido por monjes jerónimos con la nueva fábrica de San Miguel de los Reyes. Pero las más afectadas por el proceso de descomposición que se produjo desde la Baja Edad Media habían sido las monjas y sus muchas veces provisorias fundaciones. Estas no pudieron resistir los embates de una economía no muy saneada al tratarse de monasterios, en buena medida, bajo efímeros patronazgos nobiliarios y que debían sobrevivir en una sociedad que había vuelto los ojos hacia otras formas del monacato femenino. Por fin, en casos concretos, estas incertidumbres del siglo XVI se presentaron como una magnífica oportunidad de renovación institucional y arquitectónica. Si Poblet inició una importante singladura bajo los abades humanistas, Veruela gozó del brillante patronazgo de fray Hernando de Aragón, que tuvo repercusiones directas en Piedra, Rueda y Santa Fe de Zaragoza, y se dejó sentir en monasterios femeninos como Cambrón, del que los monjes de Veruela eran capellanes.

¹ El presente trabajo forma parte de los resultados del proyecto de investigación *Aragonia Cisterciensis. Espacio, arquitectura y función en los monasterios de la Orden de Císter en la Corona de Aragón* (HAR2015-63772-P).

² Véanse sus vicisitudes en: FUGUET SANTS, Joan y PLAZA ARQUÉ, Carme, 1998.

LA DIFUSIÓN DE LAS FORMAS EN EL CÍSTER DE LA CORONA DE ARAGÓN

Entre monasterios, uno de los medios de difusión de modelos y de movilidad de talleres artísticos estuvo en las relaciones de amistad o las leyes de dependencia entre una institución y otra. La discusión alrededor de las reales intenciones del plano de San Galo, entre modelo a imitar o visión idílica de la ciudad monástica, es un ejemplo del problema. Para el Císter, Marcel Aubert, Anselme Dimier y sus contemporáneos fueron los defensores de un modelo semejante, basado en el ascendiente que la casa madre tenía sobre sus herederas y que, a su entender, pudo condicionar que el diseño de la planta de su iglesia fuera seguido en el trazado de las fundaciones. Pero, como en San Galo, era solo una propuesta de interpretación desde el momento en que se tomaba conciencia de que, si en algunos ejemplos la propuesta podía funcionar, en muchos otros ocurría todo lo contrario, haciendo necesario mediatizar su auténtico alcance y viabilidad de uso como argumento de análisis.

En esta idea tuvo mucho que ver la creación de un modelo arquitectónico propio en la disposición de las cabeceras de sus iglesias, formulado por Karl-Heinz Esser.³ Se le designó como «planta bernarda» y fue utilizado por la historiografía de mediados del siglo XX para definir a los edificios con cabecera de ábsides en batería, capillas laterales enrasadas y testero recto, supuestamente inspirados en Claraval II y en Cîteaux II y cuyo trazado real, además, se atribuyó a san Bernardo.⁴ La hipótesis desarrollaba la interpretación que Marcel Aubert había realizado unos años antes sobre las primeras iglesias monumentales de la Orden. Para el autor, el modelo arquitectónico que marcó la nueva iglesia del Císter estaba en un edificio primigenio, la abacial de Fontenay y su cabecera de capillas en batería de testero recto, enrasadas a uno y otro lado del presbiterio. En sus palabras, este tipo de cabecera:

Es la que mejor representa el espíritu cisterciense de tiempos de san Bernardo; aquél que, bajo la influencia personal del abad de Claraval, es el que mejor testimonia su voluntad de simplicidad, de fuerza y de lógica. El mismo que servirá de modelo a tantos otros.⁵

³ ESSER, Karl-Heinz, 1953.

⁴ La correcta traducción al castellano del nombre de la abadía de Cîteaux es Císter, pero mantendremos el topónimo en francés con el fin de no confundirlo con las alusiones a la Orden.

⁵ AUBERT, Marcel, 1943, I, p. 157.

Si Esser responsabilizó a san Bernardo del prototipo arquitectónico, Aubert lo buscó entre los edificios vacíos, siendo el primero en intentar definir un arquetipo eclesial genuinamente cisterciense, insistiendo en negar cualquier tipo de influencia de la arquitectura benedictina –en particular de la iglesia de Cluny II–. Así, destacó un catálogo de iglesias francesas que seguían el patrón tras Fontenay y, sobre todo, minimizó la importancia del otro gran número de edificios que no lo seguían.⁶ Se iba allanando el camino hacia el misticismo contemporáneo alrededor de la arquitectura y cierto buenismo del Císter, frente a la opulencia benedictina y catedralicia de la época, y a la consolidación del llamado «estilo artístico cisterciense».⁷

La propuesta de un tipo de iglesia «bernarda» fue secundada por Anselme Dimier y, así, elevada a dogma en los estudios sobre la orden.⁸ El axioma se mantuvo, a pesar de que el mismo Dimier –solo unos años después de la publicación del primer volumen de su recopilación de plantas de iglesias cistercienses– confeccionara una importante lista de excepciones en las que el corsé de la «planta bernarda» se desataba en el momento en el que el foco se abría, desde la exclusividad de las casas madre a la multiplicidad de fundaciones y a la no tan cercana relación material entre madre a hija. En todo caso, Dimier se enrocó en la idea a partir de la interpretación de Aubert por Esser y Eydoux, fijando un contrincante para su «planta bernarda»: la cabecera desafortunadamente apodada «benedictina», con ábsides semicirculares escalonados.⁹ Henri Léfèvre-Pontalis ya había trazado varias décadas antes una teorización sobre el monasterio benedictino buscando una iglesia modélica, en la que también arrinconó los edificios que no casaban en el esquema de cabecera con ábsides en hemiciclo y escalonados. De este modo, la cabecera de ábsides cuadrangulares de los benitos de Murbach o el deambulatorio rectangular de la abadía femenina de Romsey eran entendidas como excepción, mientras las girolas de capillas radiales se consideraron un auténtico dispendio económico. Este discurso tenía mucho del regionalismo europeo de comienzos del siglo XX y de un método para una historia de la arquitectura aún balbuceante, basado en la

⁶ AUBERT, Marcel, 1943, I, pp. 158-191.

⁷ Casi un manifiesto de este constructo contemporáneo es el libro de DUBY, Georges, 1981.

⁸ DIMIER, Anselme, 1949-1976. EYDOUX, Henri-Paul, 1953. CHAUVIN, Benoît, (2010). Un exhaustivo recorrido por todas las posibles variantes de lo que, al fin y al cabo, son iglesias con ábsides en batería en: UNTERMANN, Matthias, 2001, pp. 472-530. Recoge el problema historiográfico: COOMANS, Thomas, 2013.

⁹ DIMIER, Anselme, 1966.

simple comparación de plantas, sin muchas veces tener en cuenta el desarrollo tridimensional del edificio.¹⁰ Domenech y Montaner, cuando redactó su monografía sobre Poblet, ya dio cuenta de esta escalada de contradicciones, tratando de definir unas formas y un estilo exclusivo al Císter cuando en realidad solo se debía hablar de Románico o de Gótico. El arquitecto llamaba nuestra atención sobre cómo la iglesia del monasterio no bebía de las consideradas fuentes tradicionales sobre la arquitectura del Císter. Por el contrario, le parecía que Poblet se había inspirado en la abadía de Cluny. Solo los capiteles vegetales, que interpretó propios de la desornamentada estética cisterciense –en lugar de simplemente tardorrománicos–, tenían cabida dentro de la idea del arte en los teóricos de la orden.¹¹

Efectivamente, cabeceras benedictinas las hubo de muchas formas, de uno, tres, cinco o siete ábsides, escalonados o enrasados, rectos o en hemiciclo, cabeceras con girola de capillas radiales, cabeceras que, no lo olvidemos, seguían las modas del diseño arquitectónico de la época, pautadas con unas necesidades litúrgicas.¹² Tampoco los testeros rectos fueron exclusivos del Císter, de igual manera a como hubo cabeceras cistercienses de capillas en hemiciclo enrasadas y escalonadas. Como decía, la apertura focal del problema fuera de las abadías de Fontenay, Cîteaux y Claraval y, sobre todo, de su entorno más inmediato, revelaba un panorama tan variopinto como de difícil catalogación en un esquema rígido como el que se proponía. La realidad era que las iglesias de Císter presentaban cabeceras de un número impreciso de ábsides, enrasadas o escalonadas, rectas y en hemiciclo, con cualquier tipo posible de girola.¹³ La incontrovertible diversidad de tipos de iglesias cistercienses levantadas en la actual demarcación territorial de Castilla y León y en Alemania, Suiza y Austria entre los siglos XII y XV, constituyen un repertorio lo suficientemente elocuente.¹⁴ Y no era algo reducido a la periferia del Císter. Los monasterios franceses ofrecían la misma variedad de soluciones que los alemanes, italianos, españoles o británicos.

¹⁰ LEFÉVRE-PONTALIS, Eugène, 1912 y 1913. El constructo no se sostenía, al no presentar con un único modelo la variedad tipológica de iglesias en los monasterios benitos y atribuyéndoles las responsabilidad sobre un tipo de cabecera que también fue utilizado en catedrales, parroquias o canónicas.

¹¹ DOMÈNECH Y MUNTANER, Lluís, 1927.

¹² CARRERO SANTAMARÍA, Eduardo, 2010, pp. 63-81.

¹³ MUÑOZ PÁRRAGA, María del Carmen, 1998. BANGO TORVISO, Isidro G. 1998. KINDER, Terry N. 2002, pp. 169-172.

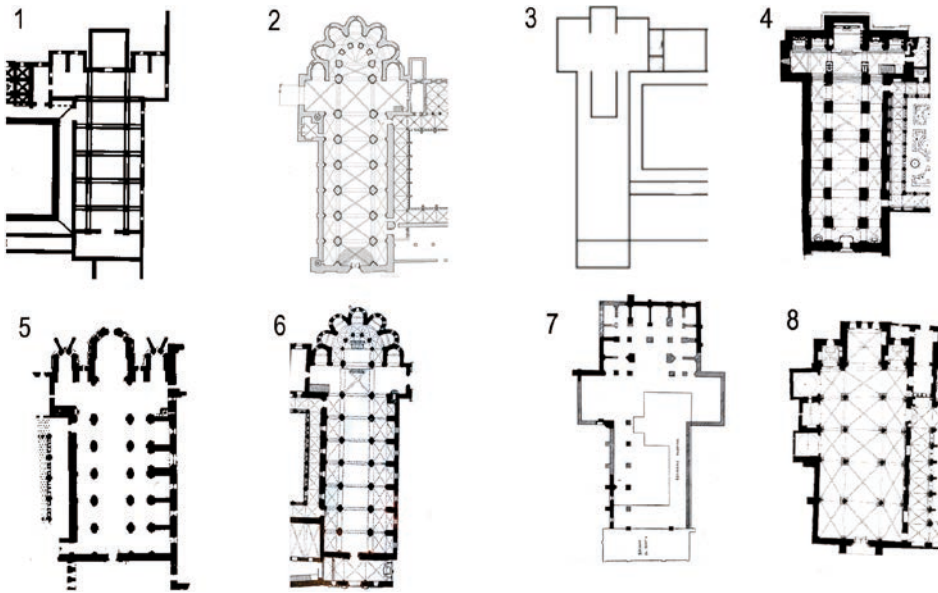
¹⁴ MUÑOZ PÁRRAGA, María del Carmen, 1998 y EBERLE, Jürgen, 2011.

La «planta bernarda» es una más entre las curiosidades de la arquitectura religiosa de los siglos XII y XIII y debemos ser conscientes de sus limitaciones interpretativas. A la hora de analizar una iglesia cisterciense, preguntarnos aún si sigue en planta la disposición o no, no va más allá de la simple peculiaridad, como veremos en el siguiente apartado. En contra de las explicaciones que Aubert daba para la elección del tipo de iglesia con el fin de contraponerlo funcionalmente a los benedictinos, la topografía sacra de las cabeceras cistercienses era la misma. No hay ningún rito eucarístico que haga diferir en usos el espacio de la capilla mayor y sus alrededores entre monasterios benedictinos y cistercienses. Por encima de cuestiones de estilo, funcionalmente, una cabecera de tres o cinco ábsides abiertos a un gran transepto como la que se proponía para el Císter era una solución idéntica a la de cualquier gran edificio románico o tardorrománico de ábsides en batería, del que solo la separaba un aspecto formal, como era el hecho de tener un perfil cuadrangular y estar enrasados en planta.¹⁵

Una vez planteado el constructo del tipo eclesial y su modo de difusión, algunos estudiosos decidieron ampliar sus posibilidades de lectura, proponiendo leyes de dependencia entre un monasterio y sus filiales, algo que, de nuevo, funciona en alguna ocasión, pero no casa en la mayoría. Si nos centramos en los monasterios de Císter de la Corona de Aragón, la propuesta cae por su propio peso. Contamos con las cuatro casas madre francesas de Escaladieu, Grandselve, Fontfroide y Gimont, de las que respectivamente salieron los monjes de Veruela, Santes Creus, Poblet y Rueda. No todas las casas madre se han conservado. De Grandselve tenemos una aproximación a su planta, mientras la iglesia de Gimont desapareció. De su madre Berdoues tampoco queda nada, pero al ser a su vez hija de Morimond, podemos utilizar la planta de esta última bajo las mismas reglas del juego: la fundación depende tipológicamente de la casa madre.

La comparación entre los monasterios de origen y sus hijos peninsulares no deja lugar a dudas. Si Escaladieu tuvo una cabecera de cinco capillas enrasadas, Veruela se planeó con un deambulatorio con capillas radiales. Lo mismo ocurrió en Poblet. Fontfroide, su abadía madre, tiene una singular cabecera con presbiterio y capillas semicirculares, entre los que se intercalan otras de testero recto. Al igual que en Veruela, en Poblet se optó por la girola. Solo en Santes Creus se utilizó una traza de cabecera con cinco capillas enrasadas que pudieran remitirnos a modelos transpirenaicos y a su madre Grandselve, mientras Rueda

¹⁵ CARRERO SANTAMARÍA, Eduardo, 2017.



Lám. 14. Plantas no sujetas a escala de los ocho grandes monasterios de la Corona de Aragón con sus casas madre. 1. Escaladieu. 2. Veruela. 3. Grandselve (esquema). 4. Santes Creus. 5. Fontfroide. 6. Poblet. 7. Morimond. 8. Rueda.

contó con tres capillas siguiendo un esquema más común, que nada tenía que ver con la girola rectangular de Morimond y que no sabemos si adoptaron Berdoues y Gimont. Aunque Lambert y Torres Balbás llegaron a defender que el modelo de Santes Creus fue usado para la cabecera de Vallbona,¹⁶ creo que se trata de dos iglesias radicalmente distintas que solo coinciden en el testero plano de las capillas de su cabecera. Tanto en Santes Creus como en Rueda, el paso del análisis sobre planta al edificio construido desvela que las disimilitudes con posibles modelos de origen son muchas y que los problemas de las artes del gótico en el *Alt Camp* de Tarragona o en la Ribera Baja del Ebro se impusieron sobre supuestas predilecciones estilísticas de la Orden. El modelo de cabeceras con testero recto lo volvemos a encontrar en el monasterio navarro de Iranzu, dependiente de la Cour-Dieu, en el castellano de La Espina, hijo directo de Claraval y en los gallegos de Meira y Oia. Respecto a Iranzu, la Cour-Dieu tuvo cinco capillas de perfil rectilíneo enrasadas y abiertas a un monumental

¹⁶ LAMBERT, Elie, 1931 (ed. 1990), p. 89 y TORRES BALBÁS, Leopoldo, 1952, p. 119.

transepto, frente a las tres de Iranzu, con una singular gran capilla mayor y dos estrechas laterales, carente de transepto sobresaliente, perfil que recuerda inevitablemente al de Rueda, dos monasterios sin aparentes relaciones institucionales directas y con plantas que pudieran haber pertenecido a cualquier edificio de la época, fuera de la orden que fuere. El modelo vuelve a hacer aguas. En La Espina y en Meira, las cuatro capillas laterales son cuadrangulares y están enrasadas, pero acompañando a una capilla mayor en hemiciclo. En fin, la cabecera de Santa María de Oia, en Pontevedra, tiene cinco ábsides rectangulares escalonados, condicionados por la tradición arquitectónica local, como las restantes iglesias del importante corpus arquitectónico del Císter gallego. En todo caso, la puesta bajo gobierno cisterciense de algunos monasterios benedictinos gallegos de fundación previa oscurece significativamente el intento de jugar a buscar analogías con las casas madre. Parece claro que el método de análisis es una vía muerta, limitándose a la curiosidad cuando, efectivamente, la filial imitó conscientemente el modelo de la casa madre, como veremos más adelante. Por fin, el siempre singular caso de Sobrado de los Monjes como primera casa peninsular y fundación directa desde Claraval en 1142. Aquí se documenta a un *faber* Alberto que José Carlos Valle relaciona con un posible monje responsable de las obras y que pudo traer una traza, tal vez solo la idea que reflejara los ábsides en batería de Claraval II. Insisto, en los años cuarenta del siglo XII no era difícil ver una iglesia de ábsides en batería en Galicia, quizás sí lo fueran sus presumibles ábsides enrasados, luego sustituidos por la gran sacristía y la simétrica capilla del Rosario. Hoy, Sobrado es un gran edificio barroco que, en esencia, respeta los parámetros de lo que pudo haber sido una iglesia medieval de ábsides abiertos al transepto.¹⁷

En este mismo sentido, planteemos un último apunte referente al primer proyecto de la iglesia abacial de Santes Creus, la única que al fin y al cabo responde al modelo de la casa madre, Grandselve. Es interesante constatar la posibilidad de que, en Santes Creus, fuera utilizada una traza procedente de Grandselve resuelta por un taller local. Pudo consolidarse así el primer proyecto de iglesia monástica cubierto por madera, con simples soportes de perfil cruciforme y modillones de rollos para acoger la sillería coral y que, a posteriori, fue revisado mediante su cubrición con bóvedas de crucería. De todos mo-

¹⁷ VALLE PÉREZ, José Carlos, 1982, I, p. 67. Las refacciones barrocas de Montederramo o de Monfero quizás nos hayan privado de algún ejemplo más, aunque la vinculación directa del primero con Claraval no parece que nos diera muchas claves para entender su arquitectura como nos pudiera interesar.

dos, recordemos que Santes Creus es la refundación del original Monasterio de Valldaura (Barcelona) en 1151, trasladado por primera vez en 1153 hasta un lugar menos conflictivo en Aucosa y, definitivamente, en 1160 al actual Santes Creus. En nueve años y en dos lugares no sabemos qué pudieron construir, presumamos que poco. El caso es que la primera noticia sobre obras la tenemos en un documento de 1176, cuando una donación de Berenguer d'Aguiló y su familia alude directamente a la construcción de la iglesia y el monasterio:

Medietas totius predicti decimi sit de opere ecclesie et alia medietas sit de conventu monachorum.

Las donaciones a las obras se repitieron y, en 1183, el abad Hug ofreció a un matrimonio de donantes un altar en construcción, su ajuar y gastos de iluminación:

*Concedimus etiam vobis in ecclesia nostra unum altare ad construendum et orandum etiam illuminandum bene et honorifice in quo celebrari missa possit cotidie, tam pro vobis quam pro omnibus fidelibus, in perpetuum.*¹⁸

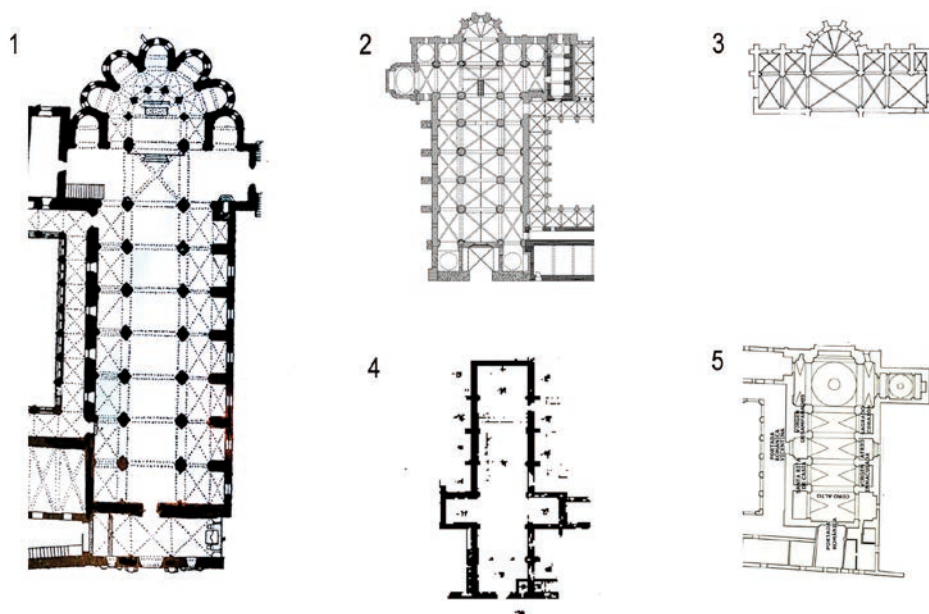
No hay duda de que la iglesia de Santes Creus se hallaba en obras avanzadas y con un plan definido que, vuelvo a insistir, quizás fue traído directamente desde Grandselve unas décadas antes, cuando el prior de la abadía francesa llegó a fundar Valldaura.

En el panorama de la arquitectura de la Corona de Aragón, la iglesia Santes Creus repite la tendencia general que podemos ver en el resto de Europa: la excepción no hace la regla, es decir, en algunos casos las fundaciones imitaron la arquitectura de la casa madre, pero en un mayor número, no. Y así vimos como la tan mencionada «planta Bernarda» era en realidad una solución bien conocida en la arquitectura de la época y no una aportación del Císter a la arquitectura, que solo generalizó en un primer momento el modelo de capillas enrasadas y de perfil cuadrangular.

UN PROBLEMA DE TERRITORIO

Frente a la supuesta subordinación arquitectónica a la casa madre, las iglesias de los monasterios más antiguos de la Corona, desde Veruela a Poblet, se construyeron siguiendo los parámetros de la arquitectura peninsular de los si-

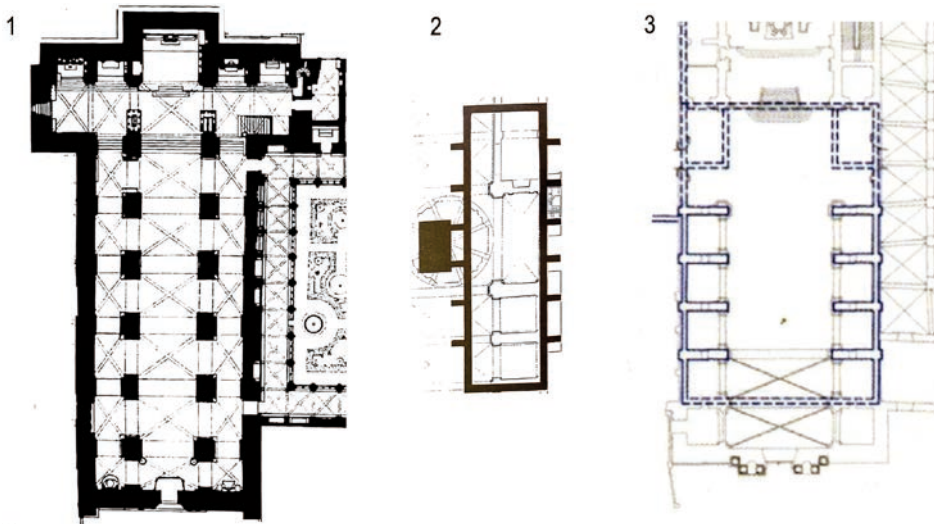
¹⁸ PAPELL I TARDIU, Joan, 2005, doc. 193, pp. 292-293, doc. 17, p. 30 y doc. 297, p. 426.



Lám. 15. Plantas no sujetas a escala de las fundaciones de Poblet. 1. Poblet. 2. Piedra. 3. Benifassà. 4. La Real de Mallorca. 5. La Roqueta.

glos XII y XIII, con todas las variaciones locales posibles. Esta misma divergencia en planta entre casas madre y filiales peninsulares nos la encontramos en las fundaciones locales de todos los monasterios, siguiendo el modelo piramidal de expansión de la orden. La más rica en fundaciones en los territorios del Reino y Corona fue Poblet, madre de Piedra, Benifassà, la Real y la Roqueta. Ninguna de las cuatro mantuvo vínculo arquitectónico alguno con Poblet y su girola. Rizando el rizo y siguiendo el patrón historiográfico del que hablábamos en el apartado previo, la cabecera de Piedra, con sus cinco ábsides en batería, se ha relacionado a partes iguales con todo el Císter castellano, el del Sur de Francia y con las catedrales del primer gótico en la Meseta, sugerencias detalladas en los estudios más recientes sobre el monasterio bilbilitano.¹⁹ Quizás debiéramos interpretarlo desde una forma de hacer común en la arquitectura castellana y aragonesa de comienzos del siglo XIII. Si algo define a las cuatro hijas popletanas es su total heterogeneidad tipológica. No en vano, la tentación de

¹⁹ MARTÍNEZ BUENAGA, Ignacio, 1998, pp. 278-281 y GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert, 2016a, pp. 243-257.



Lám. 16. Plantas no sujetas a escala de las fundaciones de Santes Creus. 1. Santes Creus. 2. Valldigna. 3. Rascanya.

relacionar las iglesias de Piedra y Benifassà, por la articulación de sus cabecera y transepto mediante capillas en batería, se desvanece en el momento en que pasamos de la planta al alzado y nos encontramos con dos edificios radicalmente diferentes, interpretando a su manera un modelo planimétrico. Es el problema de establecer como modelo de estudio la simple comparación de plantas, al que aludíamos líneas atrás.

La misma ausencia de resultados la encontramos entre Santes Creus y sus hijas Valldigna y Rascanya, dos edificios prácticamente desconocidos hasta fechas recientes, habida cuenta de la desaparición de la fundación siciliana de Altofonte. La arquitectura de los cistercienses en la expansión meridional de la Corona por territorio valenciano y balear no hizo ninguna demostración de estilo, más bien al contrario, tomó como eje vertebrador los modos y maneras locales, de la misma forma a como habían hecho en el resto de Europa durante el siglo XII y la primera mitad del XIII. De la Real mallorquina conservamos el esquema de lo que debió ser en planta, con una iglesia tan desfigurada por su reconstrucción modernista que solo alguna capilla y ciertas ménsulas nos remiten a obra gótica tardía.²⁰ Únicamente podemos fiarnos de la planta de la

²⁰ SEGUÍ AZNAR, Miquel, 2008, pp. 105-109.

iglesia de una sola nave y cubierta de madera sobre arcos diafragma. En este sentido, las excavaciones en la Valldigna nos aportan un excepcional argumento de análisis. De hecho, creo que la única forma de imaginar cómo pudo ser la Real es mediante nuestro conocimiento de Santa María de la Valldigna. Hoy, una suntuosa iglesia barroca sustituye a la fábrica medieval de la que restan el encintado mural del conjunto con la capilla de forasteros, las conducciones de agua, el claustro principal y parte de sus dependencias, el palacio abacial y la cimentación de las estructuras que debieron integrar el patio de la enfermería, todo ello en un soberbio entorno de explotación agrícola. La iglesia barroca se levantó aprovechando parte de los vecinos muros medievales del claustro, remontando la nueva obra sobre el muro Sur de la iglesia limítrofe con la galería Norte. Este pie forzado, además de conservar la sillería y huellas de la fábrica originales, sirvió para realizar la aproximación arqueológica a la planta de la iglesia. El resultado no fue otro que el de un edificio de nave única, posiblemente techado con madera sobre arcos correspondientes con los contrafuertes visibles en la planta y que se encastilló en el siglo XIV, tras ser afectado por una incursión castellana durante la guerra de los dos Pedros y el terremoto que asoló la zona en 1396.²¹

La iglesia de la Real no debió ser muy diferente de la de Valldigna hasta sus alteraciones en el XIX. En ambos edificios, partimos de un principio de indefinición estilística. Se trata del tipo de arquitectura para la que se ha utilizado la adjetivación de gótico «de repoblación» en el contexto del proceso de reconquista de los territorios meridionales e insulares de la Corona de Aragón.²² Dejando a un lado la pertinencia del término, tanto en la Real como en Valldigna se utilizó uno de los posibles modos de levantar iglesias durante la Baja Edad Media peninsular, el más económico y rápido mediante arcos de piedra sosteniendo una techumbre de madera, y que ya había sido empleado en siglos previos para diferentes tipos de edificio. Más difícil lo tenemos para restituir el resto del Monasterio de la Real, que presenta una extrañísima topografía, con un claustro moderno localizado a los pies de una iglesia cuya capilla mayor fue occidentalizada con su reconstrucción contemporánea. Ni se han realizado excavaciones, ni la documentación nos ofrece muchas noticias sobre el posible aspecto del conjunto, pero el territorio, el modelo de explotación agrícola en

²¹ MARTÍNEZ GARCÍA, José Manuel, CAMPOS GARCÍA, Laura y FELIS UREÑA, Raül, 2007, pp. 62-71.

²² DURLIAT, Marcel, 1989.

el llamado Secar de la Real y los restos de conducciones acuíferas nos llevan a un modelo de monasterio muy semejante al conservado en Simat de Valldigna.

La antigua iglesia de San Vicente de la Roqueta presenta numerosos interrogantes. Por cuestiones de estilo –conserva dos portadas románicas y arranques de bóvedas de cañón– ha sido considerada una de las primeras iglesias de la Valencia reconquistada en 1238, recuperando el lugar en el que se enterró a san Vicente mártir. Pero no pasó a convertirse en priorato de Poblet hasta 1287, habiendo ido de manos de benedictinos a mercedarios en las décadas previas. El contrato para su parcial derribo y reconstrucción barroca en 1652 revela que, si bien la bóveda que la cubría debía ser derruida, sus muros perimetrales fueron respetados *pera cerca de la iglesia nova*. Las parciales intervenciones de limpieza sobre su superficie han revelado sucesivamente la conservación de embocaduras de arcos apuntados y soportes afeitados bajo los enfoscados, que demuestran una sucesión de obras ya en tiempos del gobierno cisterciense sobre el santuario y con un criterio estético dispar, el nuevo gótico frente al tardorrománico de las fases más tempranas. En todo caso, la Roqueta debió ser una iglesia de nave única y muy posiblemente cubierta con cañón apuntado sobre fajones, como parece desprenderse del citado documento:

Han de derrocar la bóveda de la iglesia ab ses arcades desde testera a testera, de aquella prenit desde lo altar maior fins a la paret frontera.

Como bien se ha indicado, el edificio aún requiere un estudio integral tras una completa revisión del enfoscado de sus muros, pero sobre este esquema inicial se debió revisar la cabecera en un modelo triabsidado y abrirse las capillas entre contrafuertes, de las que conservamos varias embocaduras en la zona más cercana a la capilla mayor.²³

A la espera de la divulgación de las excavaciones de Montsant, en Játiva, las de san Bernardo de Rascanya sacaron a la luz un monasterio importante, frente a cuyo flanco Norte se expandió la fundación jerónima que le sustituyó. El modelo de asentamiento no difería del de Valldigna y, con seguridad, de la Real, es decir, el de una explotación agrícola vinculada a una alquería, en este caso en las afueras de una gran ciudad. Lo que sí contrastaba profundamente era la iglesia. Según la arqueología se trató de un edificio de una sola nave, abovedado y con capillas entre contrafuertes, esto es, uno más en el contexto del gótico valenciano del siglo XIV.²⁴

²³ SORIANO GONZALVO, Francisco José, 2018.

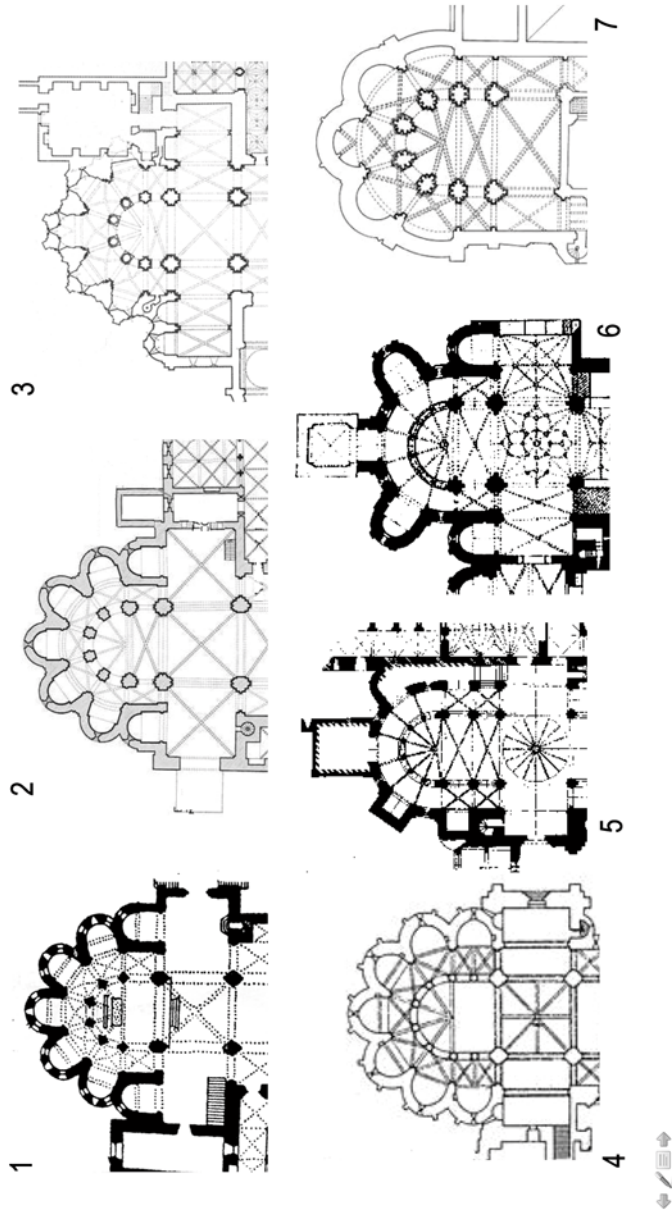
²⁴ ARCINIEGA GARCÍA, Luis, 2001, pp. 100-112.

El panorama de la arquitectura del Císter en la Corona de Aragón no nos deja lugar a dudas sobre su compleja realidad material. Muy lejos de unidades estilísticas, los monasterios pasaron de las primeras soluciones tardorrománicas de Veruela y Poblet, al gótico del siglo XIII de Santes Creus, Piedra o Vallbona, del preciosismo del trescientos de Vallsanta o los cimborrios de Poblet y Vallbona, a las generalizadas remodelaciones tardogóticas y renacentistas o al barroco de Santa Fe de Huerva y de Escarp. En paralelo, monasterios en la periferia como Casbas, Vallverd, Valldemaria, Cambrón, Labaix, Eula, Les Franqueses, o los casi irreconocibles restos de Santa María de Clariana, mantuvieron modos locales en la estética del románico, en tanto que la iglesia de Cadins o la del priorato de Maella fueron levantadas siguiendo dos góticos patrones estilísticos en extinción. Finalmente, en Valencia y Mallorca los nuevos monasterios cistercienses se adaptaron a la realidad de su entorno o al devenir de los siglos, desde los orígenes tardorrománicos del priorato de San Vicente de la Roqueta, al gótico de Benifassà y Rascanya y a los modos de rápida construcción sobre arcos diafragma en la Valldigna o las grandes reconstrucciones barrocas de la Roqueta y la Zaidía. ¿Dónde queda la unidad cisterciense ante un panorama semejante? Lo que vemos en la Corona de Aragón forma parte del proceso que José Carlos Valle definió acerca de la asimilación de modos y maneras de hacer locales en la arquitectura del Císter hispano.²⁵ Aunque este fenómeno no solo afectó a los monasterios peninsulares, así nos lo recuerdan las asonancias respecto a una normativa arquitectónica en cualquier punto de Europa.

UN PLANTEAMIENTO DE ESTILO (PARADOJAS ANTE EL PARADIGMA DE LA COPIA)

Hay un último aspecto que me interesa destacar en este discurso y es el tema de las iglesias con o sin girola. ¿Por qué solo Veruela y Poblet adoptaron una cabecera con deambulatorio y capillas radiales tangentes, frente a la generalidad de iglesias tri o penta absidadas abiertas a un transepto? La respuesta tradicional era que las iglesias de Císter dotadas de girola repetían el modelo de Claraval con su gran cabecera de capillas radiales, vinculando nuestros monasterios a las fábricas de Moreruela y Fitero, que presentan la misma solución de planta, añadiendo además las de Oseira y Melón, cuyas capillas radiales están intercaladas

²⁵ VALLE PÉREZ, José Carlos, 1998, pp. 35-41 y VALLE PÉREZ, José Carlos, 1999, pp. 1053-1067.



Lám. 17. Plantas no sujetas a escala de las cabeceras con deambulatorio en las iglesias de las Coronas de Aragón y Castilla. 1. Poblet. 2. Veruela. 3. Fitero. 4. Morenuela. 5. Oseira. 6. Melón. 7. Gradefes.

y la de Gradefes, con sus tres capillas axiales tangentes, precedidas de tramos rectos.²⁶ Esto merece ciertas matizaciones. Líneas arriba tratamos las limitaciones del esquema de la «planta bernarda». Ahora, los interrogantes sobre la adopción de una cabecera con girola son aún mayores. Efectivamente, desde los años cuarenta del siglo XII, la abadía de Claraval inició la construcción de una gran girola de capillas tangentes y enrasadas que ampliaba la iglesia previa.²⁷ En fechas cercanas, se proyectó la iglesia de Alcobaça como una copia directa, siguiendo hasta un patrón de escala de la casa madre francesa. Tanto fue así, que incluso parece que el proyecto fue corregido desde la inicial cabecera con capillas en batería hasta la nueva girola diseñada en vida de san Bernardo.²⁸ Alcobaça se convirtió en el paradigma de edificio copiado, casi edificio relicario, inspirado punto por punto en la planta de una casa madre que, además, se había convertido en el panteón de Bernardo. Con menor fidelidad y dimensiones físicas que en Alcobaça, Claraval también fue imitada en Cherlieu y Varnhem. Por ello y siguiendo el modelo metodológico de la «planta bernarda», Anselme Dimier intentó hacer un árbol genealógico de girolas que pudiera emparentar con Claraval. Clasificó cuatro tipos distintos de cabecera y dando cabida a cualquier tipo de institución religiosa –ya fuera monasterio, catedral o parroquia–, únicamente guiado por sus similitudes en planta.²⁹ El problema es que Dimier no tuvo en cuenta que en realidad estaba trabajando sobre la evolución formal de las girolas góticas y no, como creyó, sobre epítomes de la girola de Claraval que, en realidad, poco o nada tenían que ver con su experiencia arquitectónica. Entonces, quizás la cita a la casa madre no fuera tan clara y deba quedar reducida a su copia consciente, sin utilizarse como constante moneda de cambio cada vez que aparezca una girola de capillas radiales. Con las nuevas soluciones del gótico clásico y radiante la historiografía de la orden convirtió en el nuevo modelo a la monumental girola de Pontigny, que solo hacía uso de lo que las posibilidades arquitectónicas de la época le estaban ofreciendo. Tampoco solucionaba el problema el modelo de análisis de Pierre Héliot, quien, en un concepto evolutivo de la arquitectura muy semejante, catalogó como abadías

²⁶ DIMIER, Anselme, 1957 y BANGO TORVISO, Isidro G. 1988, pp. 86-87.

²⁷ CARRERO SANTAMARÍA, Eduardo, 2013, pp. 187-197.

²⁸ JORGE, Virgolino Ferreira, 1994 y JORGE, Virgolino Ferreira, 2017.

²⁹ AUBERT, Marcel, 1943, pp. 213-224. DIMIER, Anselme, 1957. Por ejemplo, no tuvo en cuenta que el exterior de las capillas de la girola de la catedral de Ávila no estuvo originalmente enrasado. También UNTERMANN, Matthias, 2001, pp. 427-442.

con formas catedralicias a aquellas que –como Pontigny– gozaban de una girola y habían sobrepasado los límites del primer gótico.³⁰

Con el paradigma de la copia en Alcobaça, las girolas rodeadas de capillas tangentes o con capillas radiales intercaladas en otras iglesias del Císter peninsular suscitaban la extrañeza de los expertos en historia de la arquitectura y, aún más, en los que teorizaban sobre las características de una «arquitectura cisterciense». Así, Elie Lambert se refería a la iglesia de Gradefes afirmando que: *no tiene nada especialmente cisterciense*, para relacionarla después con otros ejemplos peninsulares, como las catedrales de Ávila y Santo Domingo de la Calzada.³¹ Y es aquí donde entra en juego otra propuesta historiográfica que también nos llevará a dique seco. Si Claraval no era la inspiración de nuestras siete iglesias, había que buscar un origen cierto. La sombra de las girolas de capillas tangentes de Vezelay y Saint-Denis siempre se ha proyectado sobre estos edificios peninsulares del tardorrománico y el primer gótico. De hecho, Elie Lambert relacionó Saint-Denis con la abacial de Carboeiro y José Carlos Valle lo hizo con Moreruela.³² Esta vinculación a la abadía parisina ha llevado más allá a Matthias Untermann, que ha vinculado las girolas de Veruela, Poblet, Fitero, Moreruela, Oseira y Melón a una *benediktinischer Tradition*, estirando las vinculaciones que Elie Lambert trazó entre la iglesia de Carboeiro y Saint-Denis, Vezelay, Saint-Germain-des-Prés o la mismísima Claraval, recabando en la girola de la catedral de Ávila, que también estaría en la órbita de la «tradición benedictina».³³ Por fin, el mismo Untermann quiso matizar que nuestras cabeceras son experimentos locales, pero insistiendo en que son «réplicas bien educadas» de la girola de Claraval, es decir, hacía vigentes las hipótesis tradicionales.

En todo este discurso, José Carlos Valle hizo la puntualización más lógica y que afecta a las dos iglesias gallegas de Oseira y Melón. En su opinión, ambas girolas en ningún caso imitaban a Claraval. Por el contrario, su fuente directa de inspiración era el referente local más próximo que no era un monasterio cisterciense sino una catedral. El deambulatorio con capillas radiales de Santiago

³⁰ HÉLIOT, Pierre, 1959.

³¹ LAMBERT, Elie, 1931, ed. 1990, p. 85.

³² LAMBERT, Elie, 1924. VALLE PÉREZ, José Carlos, 1992. VALLE PÉREZ, José Carlos, 1994. VALLE PÉREZ, José Carlos, 2008.

³³ UNTERMANN, Matthias, 2001, pp. 406. Ya vimos lo infructuoso de calificativos semejantes, al aludir al intento de definición de una iglesia de planta benedictina, determinada por una cabecera con ásidés decrecientes en batería, realizado por Henri Lefevre-Pontalis.

de Compostela era la auténtica cita para la fábrica de dos monasterios de Císter.³⁴ De nuevo el territorio marcaba las líneas de transformación de las formas en la obra artística.

No hay un románico benedictino, ni un románico o un gótico cisterciense, como tampoco existieron un románico monástico o un gótico catedralicio. Se trata de un discurso estilístico vacío. El problema de la historiografía que ha intentado explicar las siete girolas del Císter en las coronas de Aragón y Castilla ha sido intentar hacerlo desde una perspectiva exclusivamente estilística, es decir, buscando orígenes e influencias mutuas en sus formas que, excepto entre Veruela y Poblet, no fueron más allá de la planta y diseño generales. Una vez que Valle reubicó Oseira y Melón entre las iglesias de influjo compostelano, la única explicación para las cinco restantes fue insistir en el tradicionalismo de sus formas en el tardorrománico peninsular. La misma justificación que se ha usado para las otras dos abadías cistercienses europeas en las que emplearon soluciones paralelas en sus girolas, la francesa de Mortemer y la inglesa de Croxden.³⁵

UNA RESPUESTA LITÚRGICA

Si el análisis estilístico nos ha llevado hasta la ingrata cadena de soluciones formales del apartado previo, las razones funcionales pueden ser más jugosas. En la propuesta de Bango para las cabeceras con girola del Císter peninsular, se incluía la explicación habitual que se había dado a la ampliación de Claraval mediante una girola, es decir, que la serie de capillas tangentes abiertas a un deambulatorio y rodeando a un presbiterio se debían a la acuciante necesidad de espacios de culto, motivada por las llamadas misas privadas. La propuesta interpretativa puede expresarse más para olvidarnos de las formas.

Desde los años cuarenta del siglo XX, las misas privadas han sido utilizadas como argumento a la hora de explicar los porqués de la proliferación de altares en las iglesias monásticas y catedralicias desde la Alta Edad Media. Las misas privadas fueron una práctica teológicamente contradictoria, exclusiva al occidente europeo del siglo VI en adelante, consistente en la celebración a solas, sin comunidad y a veces en presencia de un acólito, en la que la experiencia de

³⁴ VALLE PÉREZ, José Carlos, 1992 y VALLE PÉREZ, José Carlos, 1994. Sobre la posible presencia de talleres escultóricos comunes entre los monasterios cistercienses gallegos y su medio artístico inmediato, D'EMILIO, James, 2004.

³⁵ UNTERMANN, Matthias, 2001, 442-450.

la eucaristía queda reservada al celebrante. La misa privada se oficiaba *submissa voce* en los altares menores situados por toda la iglesia, antes o después de la misa comunitaria que se cantaba en el altar mayor. Del siglo IX en adelante se generalizó como una práctica diaria entre los monjes ordenados, aunque ya tenía su refrendo desde un par de centurias previas con las numerosas noticias sobre iglesias que acogían un importante número de altares desde su fundación –pensemos en las treinta misas a celebrar junto a la misa mayor, que Angilberto de Saint-Riquier estipuló en el año 814–.³⁶ Las razones para su aparición y desarrollo Cyrille Vogel las sitúa en la generalización de la antigua costumbre de las misas votivas y en la celebración de la misa como acto penitencial ofrecido por un fiel y que, lógicamente, requirió un aumento del número de celebrantes que pudieran officiarlas, que recayó entre los habitantes de los monasterios.³⁷ En este sentido, me gustaría destacar que, para benedictinos y cistercienses, tanto la misa votiva –que había nacido con la intención de dar gracias o de pedir una merced– como la penitencial coincidieron en el desarrollo de su vertiente funeraria, en la celebración por los difuntos y la fundación de las misas correspondientes en su memoria. Este tipo de misa, además, conllevaba un beneficio económico para el monasterio, contribuyendo a favorecer aquella *contabilidad del más allá* a la que se refería Jacques Chiffolleau en su seminal estudio dedicado a la historia de la muerte en la Baja Edad Media.³⁸

Los siglos XI y XII fueron un período de espectacular desarrollo de la *missa privata*, como estudió Otto Nussbaum.³⁹ A nuestro interés, estas misas generaron un problema espacial de primer orden debido a que, desde épocas tempranas, no podía celebrarse sobre el mismo altar más de una vez al día.⁴⁰ Esto suponía que se necesitaba hallar un modo de instalar altares que permitieran officiar un número de veces a lo largo del día, según el número de monjes o canónigos ordenados. En este sentido, el fenómeno es circular: cuantas más misas votivas y/o penitenciales se fundasen, más sacerdotes se necesitaban, y cuantos más clérigos se ordenasen, más misas había que celebrar. En cualquiera de los casos la repercusión directa sobre el espacio eclesial estaba en la necesidad de instalar un número

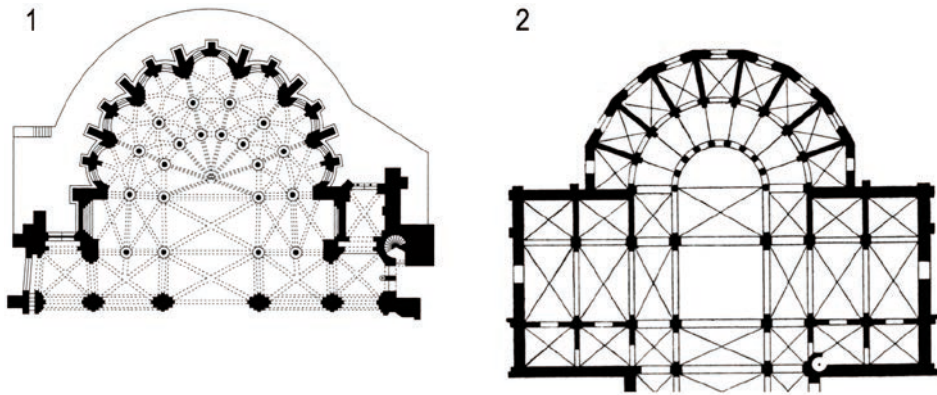
³⁶ NUSSBAUM, Otto, 1961, p. 151, n. 35.

³⁷ VOGEL, Cyrille, 1980 y VOGUEL, Cyrille, 1983.

³⁸ CHIFFOLEAU, Jacques, 1980.

³⁹ NUSSBAUM, Otto, 1961. HÄUSSLING, Angelus Albert, 1973.

⁴⁰ Algunas fuentes al respecto en DIMIER, Anselme, 1957, p. 23, n. 2.



Lám. 18. Plantas no sujetas a escala de las cabeceras de Saint-Denis (1) y Claraval (2).

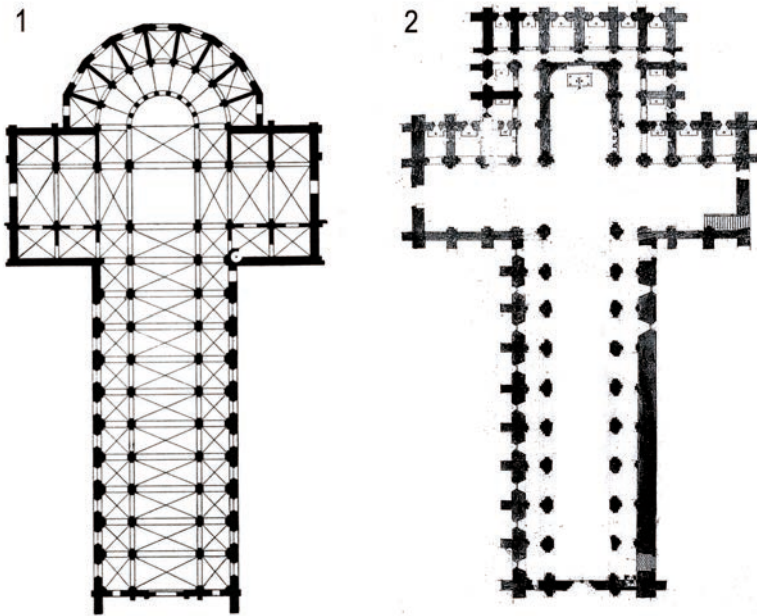
de altares importante. Y a los cistercienses este aumento de monjes ordenados condicionando la fábrica de sus iglesias parece que les cogió desprevenidos.⁴¹

No coincido con la hipótesis que explicaba el crecimiento dimensional de las cabeceras durante el primer románico debido a que allí se trasladaban el gran número de altares que se necesitaban en una iglesia, dejando las naves vacías.⁴² La comparación entre la bien conocida topografía sacra de San Galo en el siglo IX y cualquier otra iglesia del siglo XI en adelante no nos sirve como instrumento de juicio, porque desconocemos el número y ubicación de los altares de la segunda. Además, tenemos perfecta constancia material y, sobre todo, documental de que en iglesias con grandes cabeceras el número de altares instalados en las naves, en sus muros perimetrales y en sus soportes era igualmente elevado. Una cabecera desmedida como la de Claraval aumentaba considerablemente el número de altares, pero sobre todo los magnificaba en un espacio propio, lejos de soportes rodeados por una reja. En resumidas cuentas, altares se podían instalar por todas partes, pero solo algunos se permitieron construir una girola que delimitara un espacio propio del altar a la capilla.

Hay otro punto muy importante a la hora de analizar en su justa medida la incidencia de las misas privadas sobre la arquitectura monástica y es que el repunte del número de ordenados entre los siglos XI y XII afectó tanto a cistercienses como a benedictinos y parece no haberse insistido en que el fenómeno de las misas privadas no fue exclusivo de las ampliaciones en el Císter. Los

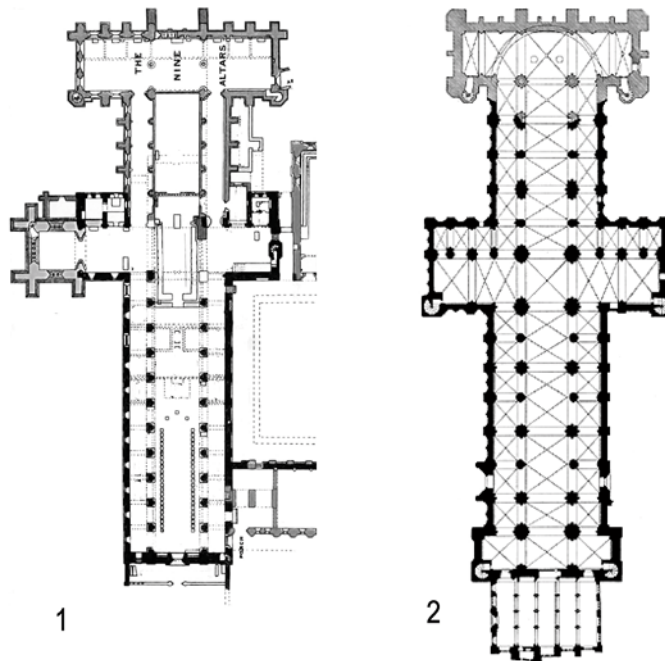
⁴¹ LUCET, Bernard, 1954.

⁴² LEFEVRE-PONTALIS, Henri, 1912.



Lám. 19. Plantas no sujetas a escala de las iglesias de Claraval (1) y Cîteaux (2), antes de su derribo.

veintiún altares con los que se consagró la cabecera de la abadía de Saint-Denis bajo el gobierno de Suger en 1144 no fueron para instalar relicarios, a pesar de que se santificaran con reliquias como es de precepto. Las intenciones del abad con semejante cabecera no están lejos de las que se habían iniciado en cabeceras románicas de ábsides en batería o soluciones más llamativas como la cadena de hornacinas que rodeaba la cabecera de la prioral de Souvigny en el siglo XI. No en vano, debemos relacionar funcionalmente el modelo de Claraval con el de Saint-Denis, ambas caracterizadas por coronas de capillas tangentes abiertas a un deambulatorio mediado el siglo XII, con todas las divergencias estilísticas que tienen. Sin establecer vínculos de dependencia cronológica, en ambos casos se dio una solución pareja para un problema común, el de la necesidad de altares. Difiere la forma de articular las capillas radiales una tras otra, en una auténtica sucesión en batería de espacios litúrgicos particulares, pero en Claraval solo se tradujo a un lenguaje diferente –no sabría decir si más o menos innovador– lo que había hecho Suger en la ampliación de Saint-Denis. Y esto nos da pie a insistir en la paradoja de intereses que genera la paridad entre el estudio estilístico y el funcional. La comparación entre Carboeiro o Moreruela con Saint-Denis o



Lám. 20. Plantas no sujetas a escala de Fountains Abbey (1) y la catedral de Durham (2).

Claraval no debe ser solo estilística, la respuesta funcional revela que se utilizó un recurso que ya existía en tiempos previos, como era el de una cabecera con deambulatorio con capillas tangentes continuas. En los casos de Gradefes, Oseira y Melón nos hallamos ante la aparición del incómodo tramo recto, es decir, una superficie intermedia entre las capillas en la que aparentemente no hay altar. Revisemos el tema. Las monjas de Gradefes debieron plantearse que en su cabecera iban a realizarse procesiones y que sus capellanes iban a officiar por los fundadores y por los posibles interesados en proteger el monasterio. Parece que no superaron sus expectativas y la enorme cabecera y su girola quedaron aisladas en una iglesia sin finalizar, pero las intenciones ahí están. Respecto a los tramos rectos de Oseira o Melón pudieron albergar altares en las intercapillas, como los que se colocaban entre las capillas del transepto o como los que servían para colocar relicarios en la iglesia abacial de San Agustín de Cantorbery, si seguimos la descripción de Thomas Elmham entre los siglos XIV y XV.

En todo caso, me gustaría destacar que las misas privadas ya estaban contempladas en las soluciones iniciales de benedictinos y cistercienses. De hecho,

la cadena de ábsides en batería permitía añadir capillas a ambos extremos del transepto y convertía el modelo en una solución fácil para solucionar el problema. Así encontramos desde solo tres capillas, las más generalizadas de cinco y, por fin, las fenomenales cabeceras de la Cour-Dieu, Clermont o L'Épau con siete ábsides en cabecera o los nueve de Ourscamp. En el caso de las girolas, no solo la respuesta de Claraval fue imitada. La reforma de la cabecera de la abadía Cîteaux, que Marcel Aubert integró dentro de las cabeceras de perfil cuadrangular,⁴³ era en realidad una girola y debía colocarse al mismo nivel que la intervención sobre el deambulatorio de capillas tangentes de Claraval. Es decir, Cîteaux y Claraval ofrecieron la misma solución a la necesidad de capillas, con dos tipos de girolas diferentes.⁴⁴ La girola de Cîteaux fue imitada en un buen número de monasterios de Francia, Inglaterra y Alemania, generando dos respuestas bien codificadas, una con capillas alrededor de toda la girola rectangular y otra que las limitaba a una batería abierta en su muro oriental. No hay duda de que su arquitectura vuelve a redundar en lo local. En la abadía de Fountains, hacia 1247 se finalizó una de las intervenciones más excéntricas que cabecera medieval pudiera ver. La serie de ábsides escalonados con la que fue edificada se abrió a una suerte de deambulatorio que, a su vez, daba acceso a una gran nave transversal dispuesta en eje Norte-Sur, sobresaliendo considerablemente por los laterales de la iglesia y articulada en su muro oriental con nueve capillas en batería. Fountains ganaba una girola para las procesiones de la que carecía y, a su vez, se enriquecía con nueve altares para las misas privadas. El éxito de la empresa fue tan rotundo que treinta y tantos años después, hacia 1280, el priorato benedictino de la catedral de Durham repitió el modelo paso a paso ganando, también, girola y capillas en la que era una iglesia de tres profundos ábsides.

En Lilienfeld, se eligió una solución igualmente extraña, con una girola cuadrangular alrededor de una capilla mayor en hemiciclo, creando una llamativa estructura de tramos de crucería que rodean el ábside del presbiterio. No sabemos cómo se articularon las capillas en esta girola singular, ahora, nunca olvidemos la necesidad de crear una suerte de girola para las procesiones. Y este aspecto no debe ser desestimado, habiendo sido objeto de innovaciones y soluciones ampliando edificios antiguos desde siglos previos. Así, alrededor de la cabecera rectangular de Cuxá se levantó un deambulatorio con tres capillas

⁴³ AUBERT, Marcel, 1943, pp. 191-196.

⁴⁴ Para Inglaterra, HEARN, M. F. 1971 y, extendiéndolo al resto de Europa desde una perspectiva diacrónica, UNTERMANN, Matthias, 2001, pp. 417-424, 450-465 y 542-560.

en su extremo Este. Lo mismo ocurrió con la ampliación de la capilla mayor de la catedral de Old Sarum, también entre los siglos XI y XII. De nuevo en el Císter, conocemos bien las soluciones a tal fin que se dieron en las *charolas* modernas de los monasterios gallegos, que hacían uso de la conocida costumbre de adelantar el altar y crear una suerte de circulación a su alrededor, pero que también pudo llegar a edificarse, como ocurrió en A Franqueira.⁴⁵ La girola para circundar el altar pareció también ser la razón de la ampliación de la cabecera del Monasterio de Wettingen, rompiendo su cabecera original de capillas en batería con solo dos capillitas instaladas en sus extremos.

Por otra parte, la adecuación del espacio a las misas privadas no afectó exclusivamente a las cabeceras, como explicaré brevemente. Marcel Aubert indicó cómo la apertura de capillas al Oeste de los brazos del transepto era otra de las respuestas a la misma necesidad, a lo que podemos añadir que este tipo de soluciones terminaron codificando un modelo de transepto y condicionaron otras soluciones singulares como los brazos en hemiciclo rodeados de capillas, que se levantaron en Chaalis y Quincy.⁴⁶ En Heisterbach, una corona de absidiolas recorría transepto y naves, que repite un modelo de hornacina encastrada en el muro, que también encontramos en la girola y el transepto de Schönau. Por fin, cuando en Poblet no había más altares que ocupar o, por lo menos, más espacios que transformar en capilla, la nave Sur fue abierta con una batería de capillas entre contrafuertes que aumentaba el número de espacios privilegiados para las misas privadas. La solución fue la misma en Eberbach o en Maulbronn, aunque su recuerdo más evocador lo tenemos en la planta anotada de la abadía de Fürstenfeld, trazada la década de los setenta del siglo XVII.⁴⁷ Se trata de un modelo de iglesia de tres naves con girola cuadrangular, cuyo muro Sur se abrió mediante diez capillas con sus correspondientes altares.

El exceso más fascinante en este tipo de arreglos nos lo encontramos con una solución que, aparentemente, no estuvo entre las utilizadas por la orden, como fue una capilla alta, a la manera de las que encontramos en tribunas y macizos occidentales de otros edificios de la época. Pues bien, en la abadía de Salem, en los últimos años del siglo XIII, una girola rectangular se desdobló en altura con un piso alto en el que se instaló un altar dedicado a san Miguel, visible desde la

⁴⁵ VILA JATO, María Dolores, 1998 y CARRERO SANTAMARÍA, Eduardo, 2006.

⁴⁶ AUBERT, Marcel, 1943, pp. 210-212. De nuevo, la solución o fue exclusivamente cisterciense. Los brazos del transepto de la catedral de Tournai –por citar un caso– estaban rodeados de capillas que jalonaban su deambulatorio.

⁴⁷ BÖHNE, Clemens, 1974.

capilla mayor.⁴⁸ Aunque esta vez con fines funerarios, en Doberan una capilla desdoblada en altura ocupó el extremo del presbiterio en una cabecera con girola y capillas radiales. Era extraño que, en busca de un mayor espacio celebrativo, el Císter no hubiera usado las capillas altas que, como decía, gozaban de una potente tradición en la restante arquitectura cristiana desde siglos pretéritos.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Frente a las restantes abadías de la Corona, en las que la solución generalizada fue la de una cabecera de ábsides en batería abiertos al transepto, la adopción por Veruela y Poblet de una cabecera con capillas radiales solo obedeció a una cuestión de poderío económico. Bango ha insistido en las dificultades técnicas, el enorme desembolso económico y el impacto en el medio inmediato que suponía la elevación de una girola frente a otro tipo de soluciones en cabecera.⁴⁹ La construcción se convertía en un elemento arquitectónico de prestigio y creo que así fue entendido en las siete grandes girolas cistercienses peninsulares, a excepción de Alcobaça. Ambas –como lo habían hecho Moreruela, Fitero, Melón, Oseira y Gradefes– se permitieron construir grandes girolas con deambulatorio y capillas radiales en un territorio en el que ninguna catedral lo había hecho. El Salvador de Zaragoza, Lérida o Tarragona optaron por cabeceras con capillas en batería. No fue hasta bien entrado el siglo XIII cuando la catedral de Tarazona se replanteó con un deambulatorio ciego, que dotaba de girola por primera vez a una catedral de la Corona. En mi opinión, en Veruela y Poblet –y por extensión, en Moreruela, Fitero, Oseira, Melón y Gradefes– no hubo ninguna imitación consciente de Claraval, sino la adecuación de un modelo formal preexistente –el de una girola con capillas radiales– a una necesidad clara como solucionar la necesidad de espacios de culto en comunidades con un elevadísimo número de monjes ordenados, pero no lo olvidemos, espacios magnificados, con capillas cerradas, sacralizando aún más el entorno del altar mayor. Se trató de un problema que afectó tanto a monjes benedictinos, como a canónigos, como a los reformados cistercienses.

⁴⁸ MICHLER, Jürgen, 1984.

⁴⁹ BANGO TORVISO, Isidro G. (2000).